

## EDITORIALES

## Investidura y gobernabilidad

Un Ejecutivo PSOE-Unidas Podemos tendrá escaso recorrido si no se garantiza una sólida mayoría

El principio de acuerdo entre el PSOE y Unidas Podemos para formar el primer Gobierno de coalición desde la Segunda República se enfrenta al reto de concitar la mayoría suficiente en un Parlamento más fragmentado y polarizado que el surgido de las últimas elecciones del 28 de abril. Los diez diputados perdidos por ambas fuerzas dificultan la investidura de Pedro Sánchez, que habría resultado más factible en las Cortes disueltas al ser convocados los comicios del 10-N. Los 155 escaños que suman ambos aliados en un Congreso de 350 son manifiestamente insuficientes para tal empeño, aunque incorporen al PNV y otros pequeños grupos regionalistas, previa contraprestación por sus apoyos. La suerte del líder socialista depende de un eventual guiño de los independentistas de ERC, cuyo máximo dirigente acaba de ser condenado por secesión y que plantean exigencias difícilmente asumibles para Sánchez, o de un sorprendente viraje de Ciudadanos hacia la abstención. Estas y otras opciones que a día de hoy parecen improbables pueden dejar de serlo si la alternativa es una nueva repetición electoral en pleno auge de la ultraderecha. Pero la parálisis política que atenaza España desde hace cuatro años no quedaría resuelta necesariamente aunque Pedro Sánchez se garantizara otro mandato. La experiencia demuestra que constituye un error de bulto amarrar solo la investidura y confiar la gobernabilidad del país a pactos de 'geometría variable' improvisados en cada votación del Congreso, sin socios estables con los que hayan sido consensuados los principales proyectos de la legislatura y que garanticen su viabilidad. El acuerdo PSOE-Unidas Podemos, del que hasta ahora solo se conocen generalidades, ha de incluir un programa de actuación coherente y contar con un respaldo que garantice su puesta en marcha y, en todo caso, la aprobación de unos nuevos Presupuestos. No se trata solo de investir a un presidente, sino de que el Gobierno puede gobernar asentado en una sólida mayoría y no se vea maniatado por una agónica debilidad parlamentaria que le ate de pies y manos, como ha ocurrido con el de Sánchez tras la moción de censura. Ello equivale a implicar a otras fuerzas políticas y pactar con ellas cuestiones en las que Sánchez y Pablo Iglesias ya van a tener bastantes dificultades para conciliar posturas, como la crisis catalana, el control del déficit o la política exterior y de Defensa. El desafío es harto complicado, pero rehuirlo sería apostar por una salida en falso de escaso recorrido.

## El salario de los jóvenes

La falta de profesionales cualificados en algunos sectores es una queja crónica de la patronal vasca, que atribuye ese hecho a la falta de adecuación entre la oferta del sistema educativo y las necesidades reales del mercado laboral. Las carencias de mano de obra en determinadas especialidades no son discutibles y obedecen, entre otros factores, a razones culturales como la tradicional asignación a hombres o mujeres de trabajos que pueden ser desarrollados por ambos. Pero no cabe obviar que la fuga de talento en actividades vinculadas con la industria guarda relación con la ausencia de unas seductoras expectativas laborales que los jóvenes si encuentran fuera de Euskadi o en la función pública. Los licenciados vascos ganan 1.521 euros mensuales tres años después de graduarse. Sus retribuciones han mejorado con la recuperación económica, pero aún están por debajo del inicio de la crisis y un 30% no alcanza los 1.200 euros. Las empresas deben realizar un esfuerzo adicional para atraer o retener a profesionales de valía.

## EL CORREO

DESDE 1910 EL CORREO ESPAÑOL - EL PUEBLO VASCO

Director José Miguel Santamaría Alday

## Subdirectores

Oscar Villasante,  
Manuel Arroyo,  
Zuriñe Ortiz de LetierroAdjuntos a la dirección:  
César Coca,  
Pedro Brivings

## Jefes de Área

Alberto Iñelúa y Ángel Pereda (Información), Oscar Alonso (Edición),  
José Mari Reviriego (Ciudadanos), Adolfo Lorente (Política),  
Encarni Bao (Mundo), Ángel Cordero (Opinión), José Vicente Merino  
(Economía), María José Tomé (Cultura), Antonio Santos (Deportes),  
Javier Trigueros (Suplementos), Iker Aizua (Edición Digital),  
Alejandro Belman (Dirección de Arte) y Bernardo Corral (Fotografía)

## Secciones

Miguel Pérez, Sergio García y José Luis Ondovilla (Ciudadanos),  
Iván Orta (Política), Pascual Pereda (Suplementos), Juan Ángel Marugán  
(Edición cierre), Manu Álvarez (Corresponsal económico),  
Lourdes Aedo (Jantour), María del Carmen Navarro (Diseño),  
Mauricio Martín y Jesús Oleaga (Documentación)

## Sánchez en plural

JAVIER ZARZALEJOS

El líder del PSOE está convencido de que el problema de España consiste en dar con la forma de hacerle a él presidente

U no se imagina una habitación en Moncloa donde se guardan varias réplicas exactas de Pedro Sánchez. Cada día uno de esos clones del presidente del Gobierno en funciones se carga con un programa distinto y sale a la arena pública. En apariencia es el mismo, pero sólo en apariencia. La realidad es que siempre es otro Sánchez que no se siente condicionado por lo que su réplica dijo o hizo hace un día o un mes. El secreto lo desveló Carmen Calvo y no la tomamos en serio: lo que Sánchez decía como secretario general del PSOE (aquello de que lo de Cataluña había sido una rebelión «clarísima») no lo había dicho nunca el presidente del Gobierno.

El domingo electoral guardaron al Sánchez de la campaña y esa misma noche sacaron a su réplica izquierdista. Y así podrá repetir Calvo que este Sánchez no sabe nada de aquel otro de la campaña. Era un Sánchez insomne, que exhibía la cabeza de Pablo Iglesias como prueba de su rigor, que se comprometió a llevar de nuevo al Código Penal la convocatoria ilegal de referendums, le iba a meter mano al sectarismo de TV3, bloqueaba la «república digital catalana» con un expeditivo decreto que permite al Gobierno cerrar sin más las páginas web que se apuntan en ese texto y negaba el conflicto político en Cataluña porque lo que hay allí no era, hasta ahora, un problema de independencia sino de convivencia.

Los malos resultados electorales le forzaron a actuar rápido para sorprender a extraños, pero sobre todo a propios, y hacer que su acuerdo con Pablo Iglesias cortara de raíz cualquier tentación de que alguien dentro del PSOE le pidiera cuentas por una apuesta de resultados ruinosos para los socialistas. Tiene por delante un trabajo difícil hacia dentro y hacia afuera, en el tejido de los compromisos de gobierno y en la presentación ante la opinión pública, haciéndolo desde una posición debilitada, en la que las exageradas y poco creíbles menciones a la ilusión que le produce este acuerdo no tapan la extravagancia de la amalgama con la que Sánchez parece decidido a permanecer en la Moncloa.

Pero a Sánchez le ayuda en su empeño el largo camino que el PSOE ha recorrido en estos años para acercarse precisamente a los que Sánchez ha convocado para su pacto y desandar buena parte del camino recorrido como partido de Gobierno y uno de los puntales del sistema político de la Constitución. Desde el revisionismo de la Transición hasta su inacabable mareo con la plurinacionalidad de España; desde la normalización, a través de ERC, de un independentismo cuyos líderes se encuentran condenados por secesión –no por buscar pacífica y legalmente la secesión– a la interlocución preferente con EH Bildu en Navarra.

De una u otra manera, lo que intenta Sánchez está ya funcionando en otra escala. En la Diputación de Barcelona, en el Gobierno de Navarra, en la cohabitación autonómica con Unidas Podemos allí donde era posible alcanzar el Gobierno. La perspectiva del poder ha sido mucho más convincente que cualquier otro escrúpulo en un partido que desde José Luis Rodríguez Zapatero ha asumido que su futuro depende de consolidar una alianza estructural con el nacionalismo, ahora con Podemos como partido colchón. Los sumandos son los mismos que le hicieron ganar la moción de censura. La cuenta –cree Sánchez– debería ser la misma.

Sin embargo, hasta Sánchez en su audacia sabe que las cosas se pueden torcer. De repente, un escaño del Partido Popular en Bizkaia, gracias al voto de los residentes en el exterior, mete a EH Bildu en el baile, en el que siempre ha estado, pero ahora como actor visible e incómodo para el PSOE. La desaceleración podría agudizarse y con el final de año tendrá que venir la cuantificación de los ajustes presupuestarios que ya se sabe que habrá que hacer. En Cataluña son demasiados los que ven complacidos los efectos de la violencia callejera que se sigue legitimando desde las propias instituciones

autonómicas. Como el centro y la derecha no suman, los nacionalistas ven pocos motivos para moderar unas exigencias que desde hace tiempo situan en un territorio fuera del marco constitucional.

Sería posible –solo posible– que en esa habitación de Moncloa que almacena las réplicas del presidente en funciones, un día de estos vuelvan a guardar al Sánchez que hace un año en Pedralbes elogiaba la moderación de Torra y ahora se abraza a Pablo Iglesias. Es posible –solo posible– que si el precio del Gobierno que Sánchez quiere formar sube demasiado, saquen a otro Sánchez, el último que queda, para que sea el que nos diga que ha intentado con todas las fuerzas ese Gobierno progresista, que ha

sufrido críticas durísimas por ello, que se ha perdido una oportunidad pero que él, hombre de palabra, no quiere depender de los que buscan romper España y, por tanto, vuelven sus ojos sobre el PP y Ciudadanos en demanda de responsabilidad, es decir en demanda de que sean Casado y ¿Arriadas? los que le hagan presidente del Gobierno.

El enésimo truco, el último número del espectáculo, improbable pero no imposible. Improbable porque hasta Sánchez debe saber que él no puede ser siempre la única constante en la ecuación y mientras convierte a todos los demás, a derecha e izquierda, en simples variables para que a él le salga la cuenta. Improbable también porque su apuesta por la opción 'Podemos plus' le compromete demasiado como para creer que puede salir indemne si fracasa. Pero posible, a la desesperada, en quien está convencido que el problema de España consiste dar con la forma de hacerle a él presidente.

